

HISTORIA MÍNIMA DE FILIPINAS

Paulina Machuca



EL COLEGIO DE MÉXICO

SUMARIO

<i>Agradecimientos</i>	9
<i>Introducción</i>	11
I	
Filipinas: una geografía singular	15
II	
Navegantes, comerciantes y guerreros. Las sociedades filipinas hasta el siglo xv	33
III	
El interludio decisivo (ca. 1450-1565)	61
IV	
La hispanización de Filipinas (1565-1700)	79
V	
Las reformas borbónicas: entre luces y sombras (1700-1830)	111
VI	
La forja de una identidad a contracorriente (1830-1896)	137
VII	
La doble revolución filipina (1896-1902)	171
VIII	
Bajo el dominio estadounidense (1899-1946)	193
IX	
Los desafíos de una nación independiente (1946-2016)	229
X	
Los retos actuales de Filipinas	251
<i>Ensayo bibliográfico</i>	265
<i>Índice general</i>	273
<i>Índice de cuadros</i>	277
<i>Índice de mapas</i>	277

INTRODUCCIÓN

Desde que inició el proyecto de las historias mínimas de los países, impulsado por El Colegio de México en 2009, paulatinamente comenzaron a aparecer títulos de esta serie sobre algunas naciones asiáticas, como Corea (2009), China (2010) y Japón (2011), en el contexto de un renovado interés por la región de la Cuenca del Pacífico y, en especial, de las pujantes economías asiáticas y su papel en la geopolítica global. A ese esfuerzo académico se suma hoy la historia mínima de Filipinas, un país que si bien no siempre está bajo los reflectores a nivel internacional, comparte una historia común —y sin embargo olvidada— con México. Durante cerca de dos siglos y medio, entre 1565 y 1815, Filipinas y México estuvieron unidos mediante los viajes transpacíficos del Galeón de Manila, lo que permitió un dinámico intercambio sociocultural y una marcada influencia filipina que incluso hoy subsiste en algunos lugares del Pacífico mexicano, particularmente en Colima y la Costa Grande de Guerrero. La influencia mexicana también pervive del otro lado del océano; hasta se ha dicho, con cierta exageración, que Filipinas fue una colonia mexicana: la virgen de Guadalupe es la Santa Patrona del archipiélago, mientras que diversas palabras de origen náhuatl se siguen utilizando cotidianamente en Filipinas. Estos elementos comunes hacen de filipinos y mexicanos dos pueblos hermanos, a pesar de la distancia y del tiempo.

FILIPINAS: UNA ENCRUCIJADA DE VARIOS MUNDOS

Filipinas es un archipiélago conformado por 7 107 islas, de las cuales sólo un millar están habitadas. Se localiza dentro del llamado Cinturón de Fuego del Pacífico, lo que deriva en una intensa actividad sísmica y volcánica; aunado a ello, se ubica en una zona de inestabilidad atmos-

férica, lo que ocasiona la presencia de intensos y devastadores huracanes. Todo ello la convierte en una de las naciones más vulnerables a nivel global y, según estudios recientes, en el país con mayor número de desastres en todo el planeta desde los inicios del siglo xx. Esta geografía peculiar, colmada de rasgos adversos, ha moldeado a un tipo de sociedad resiliente, es decir, que ha respondido con estrategias de adaptación y transformación de su ambiente físico durante miles de años.

Filipinas está situada en una encrucijada de varios mundos, y por ello a lo largo de su historia ha recibido la influencia de diversas culturas, desde la India, China y el Medio Oriente al mundo occidental. La implantación de un sistema colonial español (1565-1898) y estadounidense (1899-1946) marcaron significativamente el devenir de las diversas poblaciones del archipiélago, especialmente en la isla de Luzón y su capital, Manila. Este doble proceso de colonización, implementado en las islas bajo modelos diferentes pero con una matriz occidental, ha convertido a Filipinas en “el país más occidental de Asia”, o si se quiere ver así, en “el país menos oriental del Oriente”; hay incluso quienes afirman que se trata de “un país latinoamericano en Asia”. En efecto, es una nación de mayoría católica que, antaño, constituyó la puerta hispanoamericana en Asia. Y aquí no es posible ignorar la dramática epopeya del Galeón de Manila, una de las mayores hazañas de la humanidad. Esta embarcación enlazó, con un delgado hilo que atravesaba el océano Pacífico, a Asia y América, y a éstas con Europa, intercambiando seda china contra plata mexicana: fue la llave de la “primera globalización”.

ACERCA DE LA PRESENTE OBRA

La *Historia mínima de Filipinas* es una obra sintética que aborda los principales acontecimientos históricos de esta joven nación. Está escrita para un público no especializado, en un lenguaje “llano, sencillo y simple”, siguiendo la idea de Daniel Cosío Villegas para su *Historia mínima de México* de 1973. Es, además, una modesta contribución a la historiografía de Filipinas desde la academia mexicana, misma que en los últimos cincuenta años ha sacado a la luz valiosas contribuciones sobre la materia.

Coincido con el historiador Mark Dizon cuando afirma que la historia de Filipinas tiende a ser la historia de Manila y sus poblaciones

periféricas, antes y hoy. Gran parte de las regiones fuera de Luzón han sido prácticamente marginadas del gran relato nacional, por lo que uno termina por conocer muy poco sobre lo ocurrido al sur de esa gran isla, donde las islas Bisayas y, sobre todo Mindanao —el sur musulmán—, han sido relegados a un segundo plano. Las Bisayas se reflejan de cara a los procesos de Manila, mientras que el sur se aborda como un fenómeno de resistencia permanente hacia el centro, cuando en realidad estas regiones tienen sus dinámicas propias. Hace falta una historia regional filipina que, por un lado, dé cuenta de su relación con el centro, se enmarque en el “gran relato”, pero que también reflexione sobre sus procesos internos y sus dinámicas inter-islas, más allá de Luzón.

Esta obra no pretende subsanar totalmente ese vacío, pero al menos sí poner de relieve este problema para las futuras investigaciones sobre la historia de Filipinas. He tratado, en la medida de lo posible, de voltear la mirada hacia estas otras realidades, hasta donde las fuentes me lo han permitido. La historia regional de Filipinas es aún incipiente, y muchos de los trabajos históricos sobre las Bisayas —Cebú, Bohol, Aklan, Negros— y Mindanao —Zamboanga, Davao, Butuan, Surigao y el archipiélago de Joló— se encuentran en revistas especializadas o monografías de escasa circulación, por lo que no logran permear en el conocimiento general de la historia nacional que se imparte en el sistema de enseñanza pública. Manila, pues, es la gran protagonista de la historia de Filipinas, como una fuente de irradiación selectiva que sólo ha llegado a iluminar algunas zonas adyacentes, y que se ha negado a compartir equitativamente con el resto del archipiélago.

Otro gran tema que se plantea es el de las fuentes; lo resaltó claramente el historiador Renato Constantino: “los historiadores filipinos eran cautivos de la historiografía española y estadounidense, en que ambas veían inevitablemente la historia de Filipinas a través del prisma de sus propios prejuicios”. En otras palabras, la doble experiencia colonial de Filipinas de los últimos cuatro siglos, con toda la documentación generada en español e inglés, con el “sesgo” intrínseco de sus respectivas administraciones, ha generado un tipo particular de historia, una mirada “desde afuera”. Y a eso se agrega el problema de la lengua, ya que las fuentes españolas ahora son prácticamente ajenas a las nuevas generaciones angloparlantes de filipinos. Pero este fenómeno ha tenido asimismo su contrapartida, que ha derivado en una historia nacionalista